

EL ECO LITERARIO.

SEGUNDA SÉRIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

Núm. 26.--Domingo 28 de octubre de 1849.

En provincias 15 rs. por trimestre.

LA JUVENTUD.

Como la generacion nueva debe sustituir á la antigua cuando esta se aproxima á la tumba, á la juventud se debe invocar para preparar al mundo un porvenir mas bonancible, mas moral, mas digno y mas ornado de virtudes.

(ECO DEL COMERCIO.)

CUANDO nosotros contemplamos las maravillas del Universo, las grandes obras de la creacion; cuando observamos el continuo movimiento á ellas impreso, causa eficiente de los acontecimientos que con tanta rapidéz se suceden desde el origen del mundo hasta hoy, y que nos los hacen preveer iguales ó acaso mayores en lo sucesivo; cuando vemos en continua lucha los pensamientos mas elevados, las cuestiones mas graves; la política y la religion, la gloria y la libertad en abierta contraposicion unas veces, en perfecta armonía otras, y siempre sirviendo de pretesto para sostener las mas apasionadas y vehementes controversias, para escitar el pensamiento y la inteligencia, para despertar las masas, para poner en consternacion lo mismo la Europa, que el Asia, que el Africa, que la América; en combate eterno los tronos y las naciones, la civilizacion y la barbarie, el espíritu y la materia, la muerte y la vida, el embrutecimiento perpétuo y la regeneracion por siempre. Cuando, por fin, cansados de mirar lo pasado, fijamos nuestros ojos en lo presente, y notamos por un lado lo mismo, las mismas tendencias á arrojar la sociedad en la duda, en la confusion, en el caos; á destruir la fe, á sofocar el alma de las naciones; y por otro una potencia nueva, inteligente, irresistible que se levanta magestuosa, que enseñoreándose del mundo, pone las naciones en presencia de las naciones, y las obliga á que se contemplen y juzguen mutuamente, y se hermanen y se unan para arrojar de su seno la ignorancia y la mentira, único sosten con que cuentan los envejecidos errores, y proclamar la verdad, la ciencia, la virtud, y desarrollar el germen de lo bello, de lo justo, de lo bueno, dones todos del cielo y que forman la esencia del hombre. Cuando todo esto, y mucho mas, tenemos á

la vista, parécenos oir una voz, que retumba en el espacio, que grita sin cesar: ¡adelante! ¡adelante!

Y en verdad que es así; las sociedades modernas, que parecian sumidas en un sueño eterno, y cuyos miembros, encadenados á rutinarias preocupaciones, solo tenian un pensamiento, ó mas bien un *instinto*: «trabajo y pan» empezaron á agitarse, y la historia de todos los siglos nos dice que cuanto mas crecen esas agitaciones, mas acrecen los deseos de mas positivo bienestar, de mas segura felicidad; mas se multiplican las ideas, mas adelanta la inteligencia de las naciones. Y esta influencia es tan general, que casi se puede asegurar que es una ley de la naturaleza. Ahí están sino Esparta, Atenas y Roma. Empero se necesitan hombres de genio, que sepan infundir á las sociedades sus pensamientos morales, y cuyas almas vivan en la multitud para que las masas abracen todos sus sentimientos. Moisés, Confucio, Boudhah, Sócrates y Jesucristo, atestiguan esta verdad.

Ahora bien: ¿Quiénes serán en nuestra actual sociedad los apóstoles que tomarán á su cargo el conducir las modernas sociedades *adelante* en el carril de la civilizacion? ¿Quiénes esos misioneros de paz y fraternidad que han de predicar y dar á conocer á las generaciones todas el *gran pensamiento social de la humanidad*, todo amor, todo caridad? ¿que han de preparar un *porvenir mas bonancible, mas moral, mas digno y mas ornado de virtudes*? ¿Quiénes?... Oigamos á los filósofos, á los políticos, á los hombres de todas las sectas, de todos los partidos, de todas la religiones; á los secuaces de todos los sistemas; á los periódicos de todos colores: todos á una voz se dirigen á la *juventud* y la alhagan y la seducen con promesas y dádivas, al tiempo mismo que la gritan: «¡ven á nosotros!» Efectivamente: recórranse las historias antiguas y modernas, las sagradas como las profanas, las políticas como las militares, las científicas como las artísticas; en todas vemos una idea prepotente, fija en todas sus páginas, ¡la juventud! un deseo unánime, general y compacto ¡el hacerla dueña del porvenir!

Los jóvenes, pues, están llamados por todas las generaciones á sostener y llevar á cabo los respectivos sistemas de los que tienen la dicha de afiliarlos á su bandera. Los jóvenes son los únicos, á quienes es dado fortalecer los vínculos de la sociedad sin quebrantar ni aun forzar los de la naturaleza, y procu-

rar y alcanzar el engrandecimiento y mejora del linaje humano, sin separarse de la voluntad divina. Ellos, los jóvenes, tienen, no hay que dudarlo, la misión santa, sublime, gloriosa, la gran misión de hermanar á los separados miembros de la especie humana, dándoles una sola moral, una sola alma.

Empero esos jóvenes, á quienes el mundo ha confiado siempre su dicha, y su bienandanza, su presente y su porvenir, y de quienes tanto espera la, por tanto tiempo, atormentada humanidad, no son, no, ni pueden ser, ni serán aquellos malhadados jóvenes que segun describe un aventajado publicista contemporáneo, un ilustre escritor de nuestros días, un entendido diplomático que hoy, en estos momentos, dirige los destinos de las naciones (1), esperan enriquecerse en su indigencia, contrayendo vicios, toman por atrevimiento literario, atrevimientos inmorales, consideran hallar nuevos goces en la corrupcion, y no aciertan á ver que únicamente son plagiarios de aquellos viejos estragados que creen rejuvenecerse porque se depravan estenuándose. No, no son esos los jóvenes que queremos; sónlo, sí, aquellos que abrigan honestos incentivos de gloria, de ascenso y de noble emulacion que los hace laboriosos, estudiosos, útiles y héroes.

Y no nos digan los rígidos censores, los amigos de la ancianidad, y *de los años*, que es imposible hallar jóvenes de tan bellas cualidades, de tan brillantes dotes; que nosotros respetando siempre, y como el que mas, las generaciones antiguas, y bajando nuestra cabeza ante las encanecidas de varones sabios y virtuosos, que por fortuna tanto abundan, abriremos los libros desde los mas remotos tiempos hasta nuestros días, y les presentaremos, entre otros mil, á Alejandro Magno, que á los *veinte años* se puso al frente de sus tropas, y á los *treinta* ya habia dominado al mundo. A Julio César mandando á los *diez y siete* los ejércitos romanos y coronándose de victorias y laureles. A Aníbal, general de los cartagineses, que á los *veinte y seis*, tomó el mando del ejército, asustó los muros de España é hizo temblar los de Roma. A Scipion el africano, que á los *veinte y cuatro*, conquistó á España y fue de los mayores generales que venera la antigüedad. A Pompeyo, que entró á mandar de *veinte y tres*, y dió que hacer á Julio César. A don Juan de Austria, que á los *diez y ocho*, mandó la batalla de Lepanto, derrotó á los africanos y admiró á la Europa. A Condé, uno de los mayores generales franceses, que á los *veinte y uno*, derrotó con fuerzas muy inferiores, á nuestro ejército delante del *Rocroy*, mandado por el conde de Cifuentes á quien nada sobraba *mas que años y experiencia*. Al príncipe Eugenio, que en *menor edad* fue hecho general en jefe, y á los *treinta y cuatro* eclipsó las lunas turcas, puso á sus pies los turbantes, y sitió las ágiles imperiales. A Leon X, que á los *treinta* cubrió su cabeza

la tiara, y que esceptuando la precipitacion con que lanzó los rayos del Vaticano contra Lutero, y el excesivo celo con que procuró el engrandecimiento de su casa Médicis, fue uno de los papas mas eminentes que ha tenido la iglesia. A Claudio Aguaviva, que á los *treinta y siete*, fue elegido general de la *Compañía de Jesus*, y solo los jesuitas saben cuánto deben á ese hombre, sin duda alguna el mas *sagáz* de todos los gefes que tuvo esa institucion tan acertadamente abolida. A Bellini, que á los *treinta*, fue tenido por el príncipe de la música. A Biron, que á los *treinta y seis*, se le conceptuaba como el primer poeta del siglo. A Victor Hugo, que á los *diez y ocho*, escribió el *Bug-Jargal*, y á los *veinte y uno*, una obra de las mas colosales de la época. A.... pero ¿no hemos de poner fin á este artículo? Si mas egemplos quieren nuestros lectores, ó los que dudan, cuando menos, de los heroicos hechos de la juventud de todas las épocas y de todas las naciones, fijen, aunque sea por breves instantes, la vista en la historia de hoy, y Francia, Italia, Hungría, les presentarán nombres ilustres bajo todos conceptos, jóvenes, que en sus hazañas han superado á los antiguos israelitas, griegos y romanos, y que ó bien soldados, magistrados, sacerdotes ó artesanos, todos son dignos de eterna memoria y de que sirvan de egemplo glorioso á la juventud de las generaciones venideras. ¿No hemos visto todos hace pocos días en esta ciudad á un joven, entusiasta defensor y apóstol de la fe del Crucificado, lanzarse á la conversion á las doctrinas humanitarias y civilizadoras del evangelio, de los salvages de la nueva Holanda, y emprender de nuevo, rodeado de otros jóvenes, tan noble y santa misión, cuyo término será tal vez el mas terrible martirio? ¿Qué mas egemplos se quieren?

Tambien, como si estos no fueran bastantes, vienen en apoyo nuestro las mas eminentes y caracterizadas autoridades. Solo citaremos dos, que por cierto nadie se atreverá á recusar.

El concilio de Trento dice, que á los *treinta años*, se puede suceder á los apóstoles, esto es: que á esa edad, en que la juventud está en toda su lozanía, se puede desempeñar un cargo tan respetable tanto en lo civil, político y militar, como lo es el pontificado.

El gran Francisco Bacon y el célebre cardenal de Osat, repetian muchas veces que los hombres no viven para el bien público mas que veinte años, de treinta á cincuenta.

Nosotros, pues, invocamos tambien á la juventud, á ella nos dirigimos hoy, como nos hemos dirigido siempre en nuestros humildes escritos, porque estamos convencidos de que á los jóvenes está reservada la gloria de hacer que las instituciones humanas, lleguen á ser, con progresivo adelanto, justas, perfectas, á medida que la inteligencia, la tolerancia, la ilustracion, la caridad y la civilizacion se vayan esparciendo por la faz de la tierra, y desterrando el embrutecimiento, las hogueras, los patibulos, que tuvieron su

(1) Salvandy, revolucion francesa de 1830, pág. 430.

nacimiento en siglos de impostura, de superstición, de fanatismo, y en épocas de disfraces monacales.

Jaime Ample Fuster.



**A MI QUERIDO AMIGO,
DON JOSE MARIA BONILLA.**

Mi buen amigo, las trompas
Van á sonar de la fama,
Si el cólera (1) ve la luz
Y comienza la bullanga.

Háblase de tus proyectos,
Dicen todos que te cansas
Del silencio y el olvido
Y de andarte por las ramas.

Que sales á la palestra,
Y que por tu antigua usanza
Vas á repartir mandobles
Con gresca, salero y zambra.

Mucho lo estimo, que el tiempo
No es de perder, haya jarcia,
Enristra pronto la péñola
Porque argumentos no faltan.

Desterníllate de risa
De aquellos que están en babia,
Palo de ciego, que un crimen
Es no arrancarles las barbas.

Si hablas bien.... te saldrá caro
En estos tiempos de marras,
Y van á pensar de ti
Que grandes respetos guardas.

Pues guerra incesante y cruda
Bonilla, caiga quien caiga;
Contra los tunos la silba,
Contra los necios la sátira.

No pierdas nunca de vista,
Que hay suegras de mala estampa,
Que gruñen cuando no deben,
Que bufan cuando se exaltan.

¡Y maridos como tigres,
Y cuñados!... ¡suerte infausta!
Que se prestarán mil veces
A la mas punzante jácara.

Si el diapason bien recorres....
Estoy en que se dispara
Tu musa, con mil demonios
Y hay que entender en la danza.

(1) Título de un periódico—satírico—diabólico—atrocador que debe publicar el señor Bonilla, para escarmiento de tontos.

Vaya un *totum revolutum*,
Sal de tu centro, y derrama
Artículos á docenas
Sin piropos ni farándulas,

A una beldad.... que es angélica,
A una vieja.... nigromántica;
Y sin pararte en pelillos
A un figurín que es un mandria.

Una vez puesto en el circo
Con buen humor.... rompe y rasga,
Que tela hay para vestidos
Aun que tu tigera es larga.

Si aplausos das á las bellas,
Luego á las feas aplasta.
Y si al sabio felicitas
Da un sofoco á la ignorancia.

En fin, un todo perfecto
Si vicio y virtud separas;
Lo que es bueno y lo que es malo
Tu claro ingenio lo alcanza.

Anda tú al revés del mundo
Porque el mundo todo es farsa;
Llanto acerbo, cuando rian;
Cuando lloren, risotadas.

Refunfuña si es tu gusto
Aun que otros mueran de rabia,
Y ancha Castilla, que al cabo
Amor *sin amor* se paga.

Demos fin porque tú sabes
Que mis versos empalagan:
Y me duermo al sonsonete
Y la cabeza me salta.

Laus deo, mi buen amigo,
De hoy mas estoy entre ascuas
Por ver lo que tu chirumen
Produce con tanta gracia.

Recibe mi fino afecto
Sin andróminas ni fábulas;
Y dispon á tu talante....
De Gras, Francisco de Paula.

EL KNOUT EN RUSIA.



Tn esta nacion no existe la pena de muerte como castigo legal, pero la legislacion la ha reemplazado por el *knout*, suplicio horrible, inventado para reprimir los grandes crímenes y que causa á menudo la muerte real del condenado. En los casos en que este puede resistirlo, el infeliz que ha sufrido tal castigo, tiene por destino ordinariamente pasar el resto de su vida en

las minas, que en Rusia equivalen á mazmorras ó calabozos.

Vamos á dar los detalles relativos á esta pena infamante. Se principia por desnudar al paciente hasta la cintura, y despues se le cuelga de lo alto de una escalera por las dos manos, atadas antes una á otra. En esta posicion, con los pies colgando sin tocar en tierra, el condenado presenta la espalda enteramente desnuda á los golpes del verdugo. El instrumento con que este le sacude es un látigo cuyo mango puede tener diez y ocho pulgadas de largo, y la cuerda compuesta de tirillas de cuero blando muy delgadas y flexibles, cerca de dos pies franceses. La víspera del suplicio, se pone esta cuerda en infusion en una vasija llena de leche, con el objeto piadoso de que adquiera mas peso y flexibilidad. Cada golpe de este látigo deja su huella correspondiente y hace brotar sangre en la espalda de la víctima.

Cuando se han recibido unos quince latigazos, la piel se hincha estraordinariamente, y las carnes del paciente se muestran tan profundamente sajas como podrian haberlo sido con un instrumento cortante. Aun se avanza á asegurar, que un ejecutor diestro puede matar al culpable al tercer golpe; habilidad que pagan muy bien las familias ricas cuando quieren salvar á uno de sus miembros de la afrenta consiguiente, ó de la desgracia de ser enviado á las minas. Cuando el verdugo ha descargado el número de golpes prescritos en la sentencia (cantidad variable segun la importancia del crimen), desata al condenado que casi siempre yace sin sentido; despues, ayudado de sus criados le corta la nariz, se la abre con un cuchillo, y le marca la frente y las megillas con un hierro ardiendo. Terminado el suplicio, el paciente es conducido al hospital, donde se le prodigan todos los cuidados necesarios hasta su curacion. Si se restablece le trasportan á Siberia, le bajan á las minas del gobierno, y ya no ve jamás la luz del sol.

¡¡¡Hé aqui la *civilizacion rusa*!!!

CHELVA.

PROBLACIONES hay en el antiguo reino de Valencia, que merecen ser estudiadas mas concienzuda y detenidamente de lo que se ha hecho hasta el dia, bien se las examine bajo su aspecto moral y físico, bien en sus relaciones económico-industriales, ó bien se considere meramente su situacion y circunstancias de localidad. En este último sentido vamos á bosquejar rápidamente á la villa de Chelva.

Caminando desde Valencia hácia el O. E., se encuentra á Chelva á 16 horas de distancia; partiendo de este punto á N. dista 20 horas de Teruel, á S. 10 de

Requena y 33 á Cuenca, hácia la primitiva direccion de Occidente. Comarcano el término de Chelva con Aragon y Castilla, forma en sus 36 heras cuadradas de escabrosísimo terreno que comprenden casi desde las nieves perpétuas del Jabalambre y Sierra de Negret hasta el plácido y templado clima del Olivo y la Palma, una zona bien marcada que limita las producciones de la tierra y los encantos de vegetacion espléndida, variada y siempre en actividad. Seis veces al año se siega en Chelva la alfalfa; su huerta del Mediodía, resguardada del aquilon por la cordillera de su famosa y arrogante pira que sirve de atalaya á los marineros, soporta el cultivo del naranjo si á ello se la obliga; el granado arbóreo cubre espontáneamente todos los vertientes de los arroyos, que corriendo de N. á S. hasta desembocar en el rio cuyo curso es de poniente á oriente, divide la huerta en penínsulas y el ámbito de la misma villa con la suya adyacente; cuatro cosechas de frutos mayores y una de menor se levantan en dos años en su aliñado suelo. De Chelva para arriba, es otro el clima, no se levanta sino una cosecha al año en las huertas y otra en dos años en los secanos, iguales en esta parte á los de Chelva. El clima y las producciones influyen necesariamente en los hábitos y costumbres de los moradores de su pais. La industria y actividad de un valenciano, la gravedad y aplomo de Castilla, y el enérgico teson de los aragoneses, son los elementos que constituyen al activo, ingenioso y trabajador pueblo chelvano, que viste á la valenciana, habla el castellano, y es constante y emprendedor. Cordilleras sulcadas de collados que dejan ver las crestas ó redondeados remates de otras mas empinadas, colinas cortadas por barrancos profundos y no en demasia rápidos torrentes, cerros hemisféricos cuyas laderas y valles pobladas de viñedo y oliveras forman el intermedio de las peladas lomas y desnudas pedrizas, aqui y alli grutas silvestres y tapices de verde césped alimentados por unas 50 fuentes naturales, se suceden en gradual descenso como preludios de un vasto y ameno anfiteatro que circuye por todas partes á otro mas interesante que principia donde aquel remata. Al otro lado de las cordilleras se hallan las masías, casas de campo y labores, mas ó menos estensas, con sus rebaños, pastores, pares de labranza, y sencillos y honrados labradores dedicados á su aumento y cultivo. Abundan en estos sitios la caza, la leche, la miel y animales de corral, sin contar las producciones de la tierra, de la naturaleza y de la industria de que prescindimos en este artículo.

El regajo ó riachuelo de Chelva nace al Norte de esta villa y hora y media de distancia, corre primero de N. á S. bañando la huerta de Túejar y á seguida se pronuncia su curso decididamente de poniente á levante, ocupando el fondo y frente de la huerta de Chelva, por espacio de una hora, y banda del Mediodía; recibe en esta línea los arroyos del Murté ó Campillejo, del Cojanta, la Tarafa, y Torrecilla, que

cámbian de nombres á medida que se internan en las diferentes partidas de la huerta: estos cuatro arroyos corren paralelos entre sí de N. á S. por espacio de media hora, distando uno de otro próximamente un cuarto: entre el Cojanta y la Tarafa yace la villa de Chelva, equidistante del rio, de los arroyos y de su nacimiento. Una vasta masa lapídea de antiguos corales le sirve de pedestal: se descende á ella en suave pendiente por el Norte, y en esta plataforma está la parte llana y mejor de la poblacion; siguiendo en direccion del Mediodía, se halla á la derecha el Cojanta y á la izquierda el Tarafa, al frente se halla limitada la esplanada por la escarpa del peñasco de Tova, coronada de antiguo castillo que hoy llamamos palacio y de formidable muralla convertida en casas; en la raiz de este mismo peñasco se halla la parte mas antigua de la poblacion, protegida en otro tiempo por el castillo; sigue despues otra esplanada de huerta y por último se descende á los arroyos y al rio entre un sinnúmero de fuentes y cascadas, de grada en grada formadas por los bancales y sobre cuyas hormas ó valates se ostenta un simétrico y vistosísimo balconage de emparrados entretegidos entre latas verticales y cañas horizontales sujetas artificialmente con esparto, con cierta inclinacion al horizonte. De cuando en cuando se elevan desde el fondo de los cuatro arroyos citados montañitas en forma de tazas al revés, circundadas hasta su parte media y nivel del plano de la huerta de bancales en escalinata coronados de emparrados; si á esto se agrega que no se halla huerta en el mundo mas arbolada que la de Chelva, y que toda ella se halla situada entre los arroyos citados, que la sirven de fosos naturales, guardando el mismo orden de anfiteatro; si en último término colocamos el lindísimo paseo de la acequia mayor, que divide la montaña de la huerta, que es su canal de riego, de donde en tres horas de curso se presentan cada cien pasos nuevos y variados puntos de vista, de efecto magno y sorprendente, de donde se destacan los regantes de agua que en su tortuoso curso se precipitan en innumerables cascadas ya rápidas, ya escalonadas; si finalmente de vez en cuando se observan en la misma huerta doce grandes lagos ó balsas de riego que recogen sus manantiales respectivos, sin contar mayor número aun de otros mas pequeños, se vendrá en conocimiento que cada acequia madre es un paseo deleitoso, en donde á la pureza de los aires de montaña que se respiran embalsamados con los aromas de los frutales, se agrega el melodioso canto de millares de ruiseñores y agradable y sonoro murmullo de las aguas. No hay puntos que mas conviden á un saludable ejercicio y para completar el cuadro oigamos á Rojas Clemente, que se espresa así en la «Adicion al capítulo 8.º de los parrales que están armados sobre árboles. Agricultura general de Gabriel Alonso de Herrera, imprenta real, 1818.» Despues de hacer el elogio de los chelvanos por sus esmerados emparrados, y describir esta parte de la agricultura,

continúa: No es menos hermosa ni menos fecunda la union de Baco con Pomona y Flora en los contornos de Chelva y de su rio. La vid maridada con el alnüz y los frutales, se abalanzan frecuentemente por sobre los caminos y senderos hasta besar las copas del ribazo opuesto, ya en arcos, ya dispuesta en bóvedas ó cúpulas, unas veces horizontalmente, otras formando senadores, pensiles, y siempre combidando al pasajero sorprendido con sombras incomparablemente mejor calculadas que las de los celebrados pabellones oblicuos de la Lombardia. En las márgenes del arroyuelo, sobre las hormas ó balates en las faldas y cumbrones de los cerros, encima de la enhiesta y descarnada roca, de allí la vid el espectáculo continuo de un festin campestre preparado por los esfuerzos del arte y de la naturaleza. El viagero que llega á penetrar en este laberinto de bellezas indescribibles, arrebatado de la novedad de la escena como el culto Cabanilles, perdona todos sus delirios y aun su pedanteria al negligente Manes, historiador de aquel pueblo ingenioso, y abandonándose con él al dulce prestigio que por todos lados le rodea, olvida todos los demas, siente cambiada su existencia misma, y hasta tal punto se enagena, que se cree magnamente trasportado á los campos Eliseos.

Con efecto, la huerta de Chelva es el teatro de las escenas mas magnificas, pintorescas y sorprendentes que pueden pedirse al arte y á la naturaleza: esta se ostenta magestuosa y decorada con todas sus galas y atavíos, aquel brilla con todos sus primores voceando la habilidad de los chelvanos, ambos á dos se disputan la preferencia dejando confuso y perplejo al arrobado espectador que no se atreve á decidir de repente qué es lo que mas le embarga y enagena, y este es el momento sublime é indefinible de éstasis delicioso que gozaron el entusiasta chelvano Manes, el ilustrado Cabanilles, y el sábio titagüeño Rojas Clemente; ellos sintieron este deleite de naturaleza particular, que es imposible describir y hacer sentir á los demas lo que experimenta una alma sensible en medio del paisaje encantador de los contrastes que hace reir y llorar de gusto, del paisaje que es objeto de la contemplacion del sabio de las meditaciones, del filósofo observador y del estudio del profundo publicista. La imaginacion mas ardiente y vigorosa no puede trazar un cuadro fiel y exacto de este pais poético por excelencia, magnífico por naturaleza, pobre por indolencia y que podria ser rico por el arte.

J. P. de la C.



LOS PROSCRIPTOS.

Novela escrita en francés por Mr. Carlos Nodier.

(Continuacion.)

III.

EL LOCO DE SANTA MÀRIA.



EVANTEM y siguiendo la orilla del arroyo llegué á su manantial. Conocí centuplicado el sentimiento de mi existencia y sumergida mi alma en deliciosa languidez, al escuchar el murmullo de sus aguas. Quizá no supiera describir mis sensaciones, solo conozco que eran fuertes y puras; ningun objeto me ocupaba en particular; empero todos afectaban en extremo mis sentidos; me oprimian suavemente y no podia soportar su rápida sucesion; mi corazon experimentaba aquella especie de sofocacion que le comprime, mas no le daña.

Apoyado contra un abeto en el sitio mas poblado del bosque, y oculto por su espesura el curso del arroyo á mi vista, suspiré. Todas mis potencias se elevaron hácia el sér supremo impulsándome á dirigirle una accion de gracias.

Tranquilidad y dicha, vociferaba. ¡Pobre Lovely! respondió una voz penetrante; ¡no hay mas dicha! ¡no hay mas tranquilidad para tí!

¿Existen aqui séres que padecen? exclamé. Tan completa era mi felicidad, que creia con ella llenar la naturaleza entera.

Un jóven, como de veinticinco años, ví al acercarme, sentado sobre una roca desprendida de la montaña. Su blonda cabellera, sin afectacion ni compostura, pero sin desórden, caía sobre sus hombros. En su rostro tan interesante como su voz observábanse impresas las huellas del pesar; si bien no le privaban su primitiva espresion de nobleza y orgullo. Sin embargo, su marchito semblante se conocia habia sido ajado por una violenta desesperacion; mas el conjunto de sus facciones espresaba la calma de una tristeza reflexiva: era la angusta estatua de la melancolía gimiendo sobre un sepulcro, puesto que ya no moraban alli aquellos insoportables y ardientes padecimientos, que sin mitigarse, se consumen á sí mismos.

Todas estas reflexiones ya habian pasado por mí, antes que nuestras miradas se encontraran. La observacion me ha enseñado, que cuando dos hombres se

encuentran por la vez primera y han de conocerse, sus almas se retratan, se asoman en sus miradas, se buscan con una vista inquieta, y mutuamente se interrogan para juzgarse. Yo encontré las miradas de Lovely y en aquella silenciosa contemplacion, le aprecié; habíamos nacido el uno para el otro; la elocuente espresion de aquellos, no me dejaba la menor duda de ello. No era, pues, el resultado de una vaga preocupacion; era sí el de una conviccion profunda, irresistible, que en mi interior gritaba: *La providencia te ha elegido un hermano, abrázalo.*

¿Quién de esta se atreverá á dudar? nuestras necesidades han sido previstas, los árboles nos prestan sus frutos para alimentarnos y para apagar nuestra sed, los animales sus lánas para vestirnos, los bosques su sombra para preservarnos de los ardores del sol; ¿y habríase olvidado, ya que nos habia preparado esa multitud de generosos cuidados, de depararnos un amigo?

¡Desengañarse! su perfecta armonia no ha sido combinada sin fin, en todas las partes de dos diferentes organizaciones, y aun cuando mi sistema sea considerado como el entusiasmo de un alma, que procura unirse á la vida con los mas dulces lazos, con todo yo sostendré á pesar, y contra todos los partidarios de esa desesperada metafísica, que el supremo criador al formar dos séres semejantes, ó que concuerdan entre sí, los ha creado para unirse y amarse.

Ignoro si ocupaban á Lovely estos mismos pensamientos, empero si fue cierto resultaban las mismas consecuencias, nos acercamos uno á otro en el mismo instante por un movimiento involuntario y mutuamente nos estrechamos. Este impulso instantáneo emanó de una rápida reflexion.

¡No mas dicha! no mas tranquilidad... jamás, jamás, repuso Lovely.... desesperar del porvenir y abandonar toda esperanza de ventura en la flor de la vida, es muy horroroso. Este pensamiento me estremejó.

Lovely lo notó y le enterneció mi compasion.

He sufrido mucho, pero ahora ya no sufro, añadió, y sus palabras fueron acompañadas de una sonrisa de consuelo y con la que se disculpaba por haberme afligido.

Es una crueldad, buen Lovely interrogar á los desgraciados, renovando sus llagas, aun sangrientas, con una compasion indiscreta; hay empero miradas mas espresivas, que todas las palabras de la lengua humana; Lovely me comprendió.

Con las manos cruzadas sobre su pecho oprimido y sus párpados lentamente levantados, exclamó: he sufrido mucho: esos placeres vanos que he gozado en las ciudades en que he vivido, comprados á tan alto precio, son solo inmundos esqueletos, ocultos bajo magníficos vestidos; busqué otros en mi propio pecho; pero mi corazon sencillo y confiado me ha vendido....

El amor.... al pronunciar esta palabra, envuelta

entre un suspiro, su semblante se animó, y su vista parecia simbolizar la demencia, todos sus músculos se contrajeron y los sollozos apagaron su débil voz. Y la amistad, díjale yo haciéndole sentir los vivos latidos de mi corazón.

¿Los que padecen encuentran acaso amigos? replícame.

¡Oh! ¡si yo hubiera sido su amigo!!....

Una lágrima abrasadora derramada sobre mi mano me indicó que ya lo era.

Nuestras almas se habian comprendido.

IV.

TENGO UN HERMANO.

La solícita inquietud de una madre que busca á su hijo nos la representó la de Lovely; ella nos sorprendió, y en el momento que le vió dirigióse hácia él sin fijar su atención en mí.

Mucho me alegré que no me viera. La dulce expansión del mas acendrado cariño, no tolera importunos testigos.

Las caricias del hijo llenaron de amor á la madre.

Conmovióme aquella escena, pero no me admiró; en la desgracia se ama mejor, porque la melancolía es mas tierna, mas confiada y mas franca que el placer. La melancolía, pues, es el placer de los corazones gastados.

¡Ah! ¡cuán conmovido me hallaba yo! Si la Omnipotencia divina me hubiese llevado á los pies de mi madre ¡con cuánto entusiasmo imprimiera en ellos mis besos respetuosos! ¡con cuánta emoción estrechara sus rodillas! entonces lloré con mas amargura los pesares; con que algunas veces turbé su sueño, jamás se dejó sentir en mí con tanta viveza el deleite del filial amor, que siempre es una dicha aun cuando no fuera un deber de reconocimiento.

¡Ah! ¡Cómo la lloro! el infeliz, que separado del hogar paterno, se mira arrastrado por las borrascas de la vida á un mundo nuevo, y abandonado á sí mismo, siente desgarrarse su corazón por el dolor, sin saber dónde reclinar su cabeza, exclamará sin duda: «Ahora la reclinaré en el seno de mi madre.» Llorará su abandono y tal vez morirá, sin haber recibido de ella un beso reparador, que refresque su sangre.

¡Oh madre mia!!

Esta involuntaria exclamación sorprendió á la de Lovely y volvióse hácia donde yo estaba sentado.

En su noble fisonomía estaba impreso el sello de la virtud de una manera tan augusta, que su vista despertó en mí un sentimiento de respeto, involuntariamente confundido con el recuerdo de mi madre; levantéme y me incliné hácia ella.

¿No teneis mas que un hijo? la pregunté.

Uno solo, respondió, y toda su alma fue retratada en su mirada dirigida á Lovely.

En nombre del cielo; tened dos.

Entonces me contempló atentamente.

No rehuséis mi súplica, la dije, dad un asilo á la desgracia, y á Lovely un hermano.

Una sonrisa tierna asomó á sus labios y díome el brazo para volver á la cabaña.

Orgullosos mandarines del globo, decid: ¿vuestros tratados han sido alguna vez sellados con tan noble candidez? Mi adquisición es un bien mil veces mas precioso que todo el brillo de vuestro poder: su garantía es una sonrisa. Mientras que vosotros esclavizáis al orgullo de vuestras almas altaneras el universo, y le alteráis con vanas formalidades; aquí la naturaleza reemplaza á la etiqueta, y los tratados de la virtud los ratifica la confianza.

Entonces Lovely cruzando sus brazos alrededor de mi cuello, exclamó:

Ya tengo un hermano.

(Se continuará.)

Pensamientos.

El tiempo nunca cede en su marcha: el tiempo es el movimiento continuo.

Los deseos de un niño no son duraderos, pues raras veces alcanzan hasta el día siguiente ó el domingo de la semana.

Los enamorados son amigos de la oscuridad.

Hay una edad llena de ilusiones; otra fecunda en imaginación; y otra en que se carece de todo.

¡Pobres hombres! (los suicidas)... ¡que toman el abuso del goce por el goce mismo! ¡la debilidad que de esto se sigue, por una tristeza, ó un esplin incurable! y su abatimiento por un perfecto conocimiento del mundo; pero dejémoslos matarse; semejantes seres no deben echarse de menos.

Paul de Koch.

No es propiedad del corazón humano subrogarse á aquellos que son mas felices que nosotros, empero sí á los que son mas dignos de compasión.

Solo se compadecen en otro aquellos males de que uno mismo no se reputa exento.

La compasión que del mal ajeno tenemos no se mide por la cantidad de este mal, sino por el sentimiento que á los que le padecen atribuimos.

Rousseau.

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

UN CASAMIENTO A SON DE CAJA, ó LAS DOS VIVANDERAS, comedia en tres actos, traducida por D. M. de Godoy.—MAC-ALLAN, ó LA DICHA EN LA DESDICHA, drama en cinco actos por A. Dumas.



NUDEMOS el hilo de nuestra periódica narracion para consignar en la crónica teatral una silba mas y una ilusion menos: total, una traduccion de esas que empalagan al público sin hacerle brotar la risa á los labios ni las lágrimas á los ojos; una comedia sin verosimilitud ni filosofia, sin gracia ni buen diálogo, zurcida á son de caja y echada con cajas destempladas. Veamos cómo. Una noble señorita legitimista disfrazada de vivandera, quiere escapar de las uñas de la república del 93 por este aventurado medio, pero en vez de lograr su objeto, se encuentra comprometida por la estrepitosa costumbre del casamiento militar á son de tambor, conforme al artículo primero de la ordenanza, capítulo de las vivanderas. ¿Qué hacer? Elegir un vizconde. ¿Dónde está? á sulado. Efectivamente, así como debajo de una mala capa puede haber en ocasiones un buen bebedor, un soldado raso y republicano de la antigua, (que esser dos veces raso) tambien puede ocultar un encopetado personaje, aristócrata por sus cuatro costados. ¿Hízose el matrimonio á espaldas de la iglesia? pues ahora no falta sino prender al hermano de la desposada, poner al recién marido de centinela en el calabozo de su cuñado, y faltar bonitamente á la consigua, dejando escapar un reo de estado por un beso de muger propia. Lo cierto es que al fin el matrimonio á son de caja hace tanto ruido que el legitimiston del cuñado se vuelve eléctricamente de tigre en cordero, y.... (aquí la silba).

Los actores no pudieron vencer la insipidez de sus respectivos papeles, á escepcion de los Sres. Orgáz y Fernandez que nos desarrugaron el ceño por intervalos; la Sra. Gimenez jugó al florete con mas despejo que un duelista, mientras que la Sra. Andrés echaba graciosamente cada taco por su moreno que ni pintada.

No es solo esta notabilidad la que ha atraído gran concurrencia esta semana. En el número 1.º del *Dómine Lucas*, periódico festivo de la corte, leimos en 1844: «se ha representado en el teatro de la Cruz, *La dicha en la desdicha*, sóporífero drama en cinco actos, de Dumas, traducido por una patrulla, esto es, por cuatro ingenios y un cabo. Los espectadores le oyeron con tanta boca abierta.» Nosotros si no la boca, abrimos bastante nuestros oídos por recoger algun pensamiento notable, algun diálogo de intencion, una idea siquiera que denotase un fin moral bajo la cubierta ó vestido dramático. En vano; el drama á que aludimos está montado al aire, de suerte que la atencion pública se halla continuamente como si digéramos, colgada de un cabello que al fin se quiebra de sutil, ligero y casi impalpable. Al internarse la imaginacion en el enredo de *Mac-Allan*, ó *la dicha en la desdicha*, parece al viajero que estra-

viado durante la oscuridad de la noche penetra en un espeso bosque, volviendo y revolviendo toda la noche por aquí y por allí, sin saber adonde irá á parar, hasta que viene la luz del día y se encuentra á pocos pasos de donde partió. Bien es verdad que de vez en cuando el talento dramático de Dumas se descubre á chispazos como un fuego atmosférico que atraviesa la espesura, dejando en pos las tinieblas; pero ¿no exigen algo mas los buenos principios literarios? Vestir un cadáver con algunos adornos usados de relumbron, no equivaldrá nunca al mérito de crear una obra que vive siempre en la mente de los espectadores por su interés, por su verdad, por su fondo moral bien dramatizado. Acercuemos la ilusion de la escena, á la realidad de la vida, el mundo poético al mundo histórico; combine-mos lo ideal con lo material, lo verosímil con lo verdadero: hagamos un drama creíble y no un cuento vituperable. Víctima de una intriga inmoral, Mac-Allan es la personificación de la imbecilidad mas estúpida, sin que de tantas idas, venidas, diálogos, soliloquios, entradas, salidas, secretos y tapujos, resulte para el público otra cosa mas que una cobarde lucha entre Buckingham y su favorecedor Carlos II de Inglaterra, por ver de alcanzar el deshonor de una jóven á espensas de la honra de su marido. Al efecto hay sus puertas secretas, sus dobles llaves, una actriz decaída del favor real, y un monarca que no ha existido tan tonto en historia alguna; cada escena trae consigo una nueva dificultad, á cada nudo sobreviene una espada de Alejandro; todo se allana pasmosamente; el interlocutor corre, la imaginacion vuela, y el buen sentido se rie. Solo la animacion dramática de los diálogos de Dumas y las graciosas salidas con que salpica tal cual escena, pueden mantener vivo el interés artificial de un espectáculo, mas parecido á una comedia de magia, que á un buen drama histórico, ó de intriga.

Cuanto pudiera exigirse del Sr. Lombía y del simple papel que representaba, lo obtuvimos; prueba de ello las repetidas muestras de aprobacion é ilaridad que escitaban á cada paso sus chocantes apuros, muy parecidos á los del *Héroe por fuerza*, tan visto y tan aplaudido entre nosotros. Las Sras. Gimenez y Andres y los actores Perez y Olaso, representaron con acierto; las demas partes secundarias como Dios quiso mas bien que como Dumas hubiese deseado.

Cumplido su programa con la noble sinceridad que el mismo articulista se reconoce, si creyera sentarle bien el papel de diablo predicador, concluiría encargando á sus fieles lectores rezasen tres ave marías con devocion: la primera, para que algunos actores sepan su papel mejor que el padre nuestro; la segunda, á fin de que el apuntador se escuse en ciertas ocasiones la sabia precaucion de enterarnos de lo que el actor debe recitar; y la tercera, con el objeto de que todas las criticas que Dios nos depare sean tan independientes y legales como la nuestra.

C. Pascual y Gents.

Imprenta de D. José Mateu Garin.